

Vacilan los dos príncipes de las tinieblas, y Abdiel Abbadona se acerca á ellos dejándose ver en la firmeza de sus miradas y en su porte grave y tranquilo que no teme su furor; mas tampoco les provoca con gesto ni palabra, conociendo que no es á él quien le toca juzgarlos. Acércase Abdiel al ángel esterminador, y con triste suave acento le dice:

« Aunque eres mensajero de venganza, conoces sin embargo la compasion y escucharás mis ruegos. Sí, pues que permites á estos dos réprobos que contemplen al Hombre-Dios cuando sacuda el sueño de la muerte, ¿por qué razon me rehusarias á mí la misma gracia? No temas que me atreva á adorarle; no, mi pensamiento se limitará á darle gracias á la poderosa mano que me arroje en el polvo cuando salga de su tumba el Salvador del mundo. »

Redobló la saña de Satan oyendo aquellas palabras, y acusó á Abbadona de bajeza y cobardía; pero Obaddon le impuso silencio, y con voz cuya emocion dejaba traslucir un resto de amistad y de tierna compasion, dijo á su antiguo amigo:

« Ninguna orden tengo con respecto á tí; cuanto puedo decirte es que el Gólgota está circundado por legiones de ángeles y de resucitados; que Satan y Adramelec van á seguirme ó á regresar á su tenebroso imperio; y que la Resurreccion del Me-

sías dará principio al castigo de los infiernos que se atrevieron á pronunciar su sentencia de muerte. Tú no has tenido parte en la impía sentencia, lo sé; pero sin embargo te lisongearas con vanas ilusiones si esperas que la vista del triunfo del Mesías puede volverte ni por un solo instante las dulces alegrías del cielo... »

« Nada me atrevo á esperar, respondió Abbadona, solo para alimentar mi remordimiento quiero ver resucitar al que ha redimido los pecados del mundo. »

« ¿Miserable, exclamó Adramelec, olvidas que ya no eres esclavo de Jehová, sino mio?... Obaddon, me vuelvo á los infiernos, y ¡ay de los que se atrevan á recibirme con insultantes burlas! y tú, Abbadona, tú el mas cobarde de los príncipes de las tinieblas, sígueme que voy á ligarte con cadenas de diamante á las gradas de mi solio, donde mi planta hollará tu orgullosa cerviz hundida en el polvo, mientras en mi pensamiento se desarrollen sublimes proyectos. »

Miróle Abbadona con solemne tristeza, y dijo:

« No me asustan tus amenazas; tiemblo sí, lo confieso, pero no ante tí, sino ante el Dios que va á resucitar. »

Decidióse Satan á seguir á Obaddon, y á medida que se aproxima al sepulcro se ennegrecen y hacen mas profundas las cicatrices que el rayo ven-

gador abrió en su frente. Adramelec, que se había quedado inmóvil en su puesto, corre súbitamente á unírseles, porque en el fondo de su infernal corazón ha meditado una horrible blasfemia con que quiere escandalizar á la santa reunión del Gólgota: pero el ángel de la muerte que lee en su pensamiento le dice en voz terrible:

« ¡Aparta de mí tu odiosa faz; huye y apáguese para tí la luz del día, y sírvate de norte y conductor un prolongado grito de desesperación! »

Dijo, y oscureció los ojos del réprobo la más negra de las noches; bramó la tempestad, todos los terrores del infierno cayeron simultáneamente sobre el impío, imaginó escuchar que el ángel del juicio final le decía: « Maldición, maldición sobre tí; » y creyó que las montañas y las estrellas se desplomaban sobre él y le arrastraban en su caída eterna, de uno en otro por todos los abismos del caos.»

Entre tanto bajaba hácia la tierra por el camino solar un ángel del trono de Jehová, mensajero temido de los decretos del Eterno, en cuya presencia, cuando anuncia á la eternidad algún nuevo prodigio de la creación, suspenden los orbes errantes su armónico movimiento. Todo es silencio en el espacio, porque ya sobre el Tabor brilla la gloria del Mesías, y los mundos la han visto pasar; y una estrella, dejando su eterna órbita, se ha aproximado al sol. Al aspecto de las proféticas señales fi-

jan los resucitados sus miradas en el cielo y adelántase rápida como el pensamiento la nube que encierra el rayo en su seno. Brama el trueno despertando los ecos de las montañas solares, y resonando en las trayectorias de las estrellas se aproxima á la tierra. Semejante á los soles cuando trémulos salieron de manos del Criador para reinar sobre los planetas, precede al trueno el divino Elohá, y llegando á la asamblea de los ángeles y de los resucitados esclama:

« ¡Sonó la hora suprema! Al primer albor de la aurora matutina despertará el Salvador del mundo del sueño de la muerte. Escuchad: ¡la gloria celestial retumba en los espacios infinitos al bajar á la tumba del Hombre-Dios! »

Dijo, y la nube que saliera del trono de Jehová atenuó su voz de trueno á medida que á la tierra se aproximaba, porque si no contuviera su voz terrible, volaría hecho astillas el globo sublunar.

Calló la voz del trueno del Eterno, silbó lastimera la tempestad, y á impulso de su poderoso aliento inclináronse todos los bosques de la Judea hácia el más santo de los sepulcros. Tembló la tierra, y el monte Seir¹ y el formidable Hermon² tembla-

¹ Situado al sur de la Palestina, dividiendo á este de la Arabia Petraea. — T. F.

² Está al oriente de la Palestina y la separa de la Arabia. — T. F.

ron y sus verdes cimas se inclinaron al sople impetuoso del huracan; encrespadas las olas del mar parece que intentan cubrir la blanca cresta del Carmelo; y el torrente de Arno y el torrente de Egipto ¹ y el Jordan mismo suspenden su rápido curso como si fueran á llevarles el tributo de sus espumantes aguas á los montes del Líbano que sorprendidos y asombrados estienden sus misteriosos estremecimientos hasta el lejano Aman ².

La tumba sola del Mesías permanece inmovil, y Gabriel contempla estasiado la roca que cierra su entrada, porque el divino muerto le habia dicho: « ¡Tú eres quien la harás rodar! » Póstranse los resucitados con la faz en tierra ante la Divinidad del Redentor, cuya aproximacion les anuncian crujiendo las montañas y gimiendo los bosques.

Adora el padre del linage humano al Hombre-Dios, y su canto es solemne y triunfante como el de los seráfines cuando celebran las maravillas de la creacion:

« ¡Tú, que no habiendo sido creado te resignaste á ser debil criatura reducida como nosotros al solo idioma de las lágrimas y de los sollozos! Ape-

¹ Fuera del Jordan no riegan la Palestina mas que torrentes que en el verano se secan: el de Arno baja de los montes de Galilea, y corre hasta el mar Muerto, y el de Egipto ó de Besor procede del Líbano y desagua en el Mediterráneo. — T. F.

² Montaña de la Siria que está mas allá del Líbano.— T. F.

nas llegaste á la adolescencia asombró á los sabios tu sabiduría, y fuiste despues un maestro sublime lleno de amor para los hombres tus discípulos, un sumo sacerdote que entró en el santuario para inmolarse á sí mismo; y en efecto te inmolaste, Salvador divino! ¡Ah! ¿cómo glorificar tu amor y tu misericordia? ¿Cómo celebrar lo que ya has hecho y lo que vas á hacer? Ya te anuncia la viva tempestad, de cuyo seno saldrá celestial destello que descenderá sobre tu cuerpo, y tu cuerpo se levantará del polvo del sepulcro... ¡Ved como se embellecen las estrellas con el reflejo de su magnificencia! ¡Humíllense ante él todos los seres creados, ríndanle sus coronas los bienaventurados!... Viene á libertar á los cautivos, viene á distribuir á los pecadores redimidos los dones de su misericordia... Llega, alma divina, aliento de los cielos, despierta al cadaver divino que con sus llagas resplandecientes brilla á la derecha de su padre. Y tú, éstasis santo, tú el mas santo de los hijos del cielo, pon el dedo en tus labios y espera silencioso la hora de la resurreccion. Y vosotros sus elegidos que aun caminais en medio del polvo de la tierra, si veo vuestros ojos bañados en lágrimas es porque conocisteis al muerto divino; mas no sabeis aun ni su gloria ni la gloria que os destina. Bendigó los combates, bendigó las penas que os aguardan, y bendigó tambien los triunfos que co-

ronarán vuestros santos trabajos. Cuando concluyan los tiempos entrareis en la vida eterna y ocupareis los tronos de oro que los cielos os preparan. »

Así cantó Adán : Eva se acerca á la tumba y resonando en sus oídos el aliento de la resurreccion esplica su alegría y felicidad de esta manera :

« Acelera tu curso, manantial divino, inunda y deshaz la roca sepulcral; tú, que corres en alas de la noche, llega, manantial divino, inunda y deshaz la roca sepulcral! Consiente que la gacela extravíada en el desierto, aplaque la sed que la devora en tus ondas vivificantes. Manantial que brotas en mejor mundo, ven á correr en esta tierra de miserias, recobre en tus frescas orillas sus fuerzas y su valor el estenuado peregrino, y dígame la misteriosa voz de tus aguas celestiales todos los secretos de la eternidad! ¡ Resurreccion! ¡ Ilumine de hoy mas tu celestial destello la vista del moribundo, para que el temor de la destruccion no aflija su alma inmortal! Hora bienaventurada que vas á lucir sobre el mundo, hora de la resurreccion de Cristo, en tu seno llevas la salud de la especie humana. ¡ Oh hijos míos! ¡ cuan brillante es el patrimonio que os destinan los cielos! ¡ Acelera tu curso, manantial divino, inunda y deshaz la roca sepulcral, y es-tiéndanse tus argentadas aguas sobre el universo convirtiéndole en océano del Eterno! »

Calló, y lanzóse Gabriel á las nubes volando al encuentro de la *gloria* de Dios.

Cuando haya terminado su largo y lastimero canto la tristísima voz que desde la caída del primer hombre clama á los hijos de la tierra : ¡ Maldicion! ¡ maldicion! cuando ni los suspiros de un moribundo, ni los llantos de un recién nacido suban ya á los cielos, cada vez que una gota del rio del tiempo entre en el mar de la vida de pruebas; cuando raye en el horizonte de la eternidad, el primer albor del último dia, se estremecerán gozosos y alegres los millares de millares de muertos que son del Señor; lágrimas indecibles brotarán de sus ojos clavados en el cielo, y sus cantos de triunfo se unirán á los acentos del metal sonoro.

De la misma manera se estremecen los resucitados en torno del Gólgota, y de la misma tambien lloran y cantan cuando Gabriel, en su vuelo sublime, penetra las nubes, dejando en pos de sí prolongado y luminoso rostro.

Desde las remotas orillas del Eufrates, hasta el fondo del santo sepulcro tiembla la tierra; Satan, que ha seguido á Obaddon para ser testigo del triunfo de Jesus, cae anonadado; los Romanos se arrojan al polvo hundiendo en él su rostro; á la voz de Gabriel rueda hasta muy lejos la roca que cerraba la tumba; y Jehová, el Dios inmutable, par-

ticipa del éstasis de sus criaturas. ¡El Mesías resucita!...

¿No podré yo, como repite el eco de solitaria roca los nocturnos himnos que un pastor piadoso dirige á los cielos, no podré yo también repetir la inefable felicidad de los testigos de la resurrección del Mesías? ¡Ay de mí! en vano procuro en alas del éstasis elevarme hácia lo infinito: encadéname la fragilidad de la humana naturaleza á este valle de lágrimas, recordándome que aun mi espíritu no ha sido sembrado para la gran cosecha, consecuencia sublime de la resurrección de Cristo.

Profundo silencio reina en torno del sepulcro de Jesús, pero brillan los inmortales como los primeros luceros matutinos que salieron de manos del Creador, y el Mesías está en el aire sobre su abierto y vacío sepulcro. Aquella cabeza que en el suplicio reclinó sobre el pecho está ahora rodeada de celestial aureola. Centellea, deslumbra la nube, que bajo del trono del Eterno, ha devuelto toda su magnificencia á aquel cuyo nombre es tres veces santo, á aquel que nació en Belén, á aquel que padeció en Getsemani, que espiró en la cruz y que la tumba nos ha devuelto. Postraos, cielos ante él, pulsad, arcángeles, vuestras arpas, y sean mas armoniosos los cantos con que celebreis su gloria que el himno con que por primera vez saludasteis á la creación. Mortales, unid vuestras voces con la

mia, y prueben vuestros tímidos acentos que también sabe el polvo que vive ya aquel que hizo mas por nosotros que por los ángeles, bajando á ser nuestro hermano. Día vendrá en que nos dé fuerzas para manifestarle al pié de su trono toda la inmensidad de nuestra gratitud.

Recobrada un tanto la serenidad de que el gozo inmenso les privara, cantaron en coro los resucitados:

« Despertaste en fin, ó tú que lees en nuestro pensamiento: corto ha sido tu sueño, y has vuelto á ser lo que eras cuando arrojaste los soles al espacio y obligaste á los planetas á que describieran en torno de ellos sus eternas órbitas. Por tí y contigo acabamos de entrar en la mas bella y gloriosa de las épocas de la eternidad. »

Calló el coro de los resucitados, y los siete mártires uniendo sus voces á la de su noble madre cantaron:

« Despierta, ó tierra, y acaba de comprender tu triunfo; el Mesías te ha juzgado digna de que le recibieras un instante en tu seno maternal; mas ya se ha levantado del polvo, y los cielos se le humillan y el suelo de Judea tiembla y se estremece bajo la huella de sus últimos pasos. Despierta, ó tierra, y acaba de comprender tu triunfo: eres la mas joven de las hijas de la creación, y sin embargo te llaman os cielos predilecta del Creador. Ya muchos de tus

hijos se cuentan en el número de los elegidos, y predestinada estás á ser madre de multitud de criaturas que se inmortalizarán al pié del trono del Mesías. ¡Regocijaos, fúnebres oteros, regocijaos, bóvedas sepulcrales; en vuestros senos se despertarán los muertos! Y tú, globo terraqueo, te elevarás sobre las ruinas del juicio final; saldrán de tus abismos, entonces abiertos, nuevas plagas, dejarás de ser esclavo del sol y de tener á la luna por inseparable compañera, la magnificencia de Dios te reanimará y te dará luz aquel cuya sangre corrió en la cruz.»

Así cantan los piadosos heroes que ya llevan la palma del martirio, mientras Estevan, destinado á merecer el primero el mismo laurel inmortal, todavía ignoraba su futura gloria. Próximo está sin embargo el momento de tu triunfo: corta aunque penosa será, ó noble Estevan, tu carrera; pronto se abrirá el cielo á tus moribundos ojos, y así que veas á Jesus á la diestra de su padre, vendrá la última piedra lanzada por mano de un furioso á enviar tu espíritu al reino de tu divino maestro. Jedidot, el mas joven de los siete mártires, Benoni y la hermana de Lázaro, se adhirieron al borde de una púrpura nube, y enlazadas las manos se dejan caer en la tumba abierta y vacía. Allí se postran y sus miradas gozosas observan al Mesías que se dirige al monte Tabor.

« O Benoni y tú Jedidot, exclamó María, ¿veis á vuestro divino maestro? Deslumbráranos el resplandor de su magnificencia si no lo templase para nosotras y para todas las tiernas flores de la celeste Saron¹. Acaso de otra manera se muestra ante los cedros de los cielos... »

Llegóse el divino Elohá cerca de María, y sonriéndosele dulcemente dijo:

« Tú comprendes al Hijo del Eterno: su naturaleza es á los ojos de cada una de sus criaturas la del objeto en el cual se cifran todos sus afectos. No se le ve tal cual él es sino tal como la criatura; lo ha menester para que su felicidad sea perfecta, porque él es la perfeccion y la bondad infinita, como Hijo del Eterno, como Hijo del Increado, Eterno é Increado como su padre. Ante ese misterio se detiene nuestra intuicion y reconoce los límites que separan á la criatura del Creador.»

Y responde María:

« Serafin divino, aunque esos límites de que hablas sean para mí mucho mas estrechos que para tí, los bendigo sin embargo. Siempre es para mí una felicidad inmensa la de adorar á la divinidad

¹ Véase la nota al canto tercero en la pág. 111 del tomo primero, y téngase presente lo dicho en otra al canto nueve, pág. 310 del mismo tomo, sobre la costumbre por Klopstock adoptada, de dar á las regiones del cielo los nombres de las ciudades y rios mas célebres de la Palestina.— T. F.

que nos colmó de beneficios, sin que nosotros acerremos á comprender su omnipotencia. »

Reúnense los resucitados en torno de la tumba donde descansó su Salvador, y se comunican unos á otros el gozo inmenso de que se hallan poseidos y que á ningun mortal es dado adivinar. Abrahan, uniendo sus manos, dirige al cielo esta oracion :

« Descendiste del cielo, ó tú, hijo de Jehová, al mismo tiempo que hijo mio, para venir á morir por nosotros : las pasadas eras de la eternidad no dejan á los futuros siglos celestiales otro ejemplo semejante que admirar. Recibes ya el premio de tu sacrificio, y nos haces testigos de tu gloria, á nosotros por tí redimidos. Vémoste caminar por la senda solar, y tus rayos nos inspiran mas dulces alegrías, que las que enagenan á los seráfines cuando te adoran en toda tu gloria. »

Adan postrándose al pié de la cruz alza una mano hácia Jesus, tiende la otra sobre la tierra y dice :

« Vencida está la muerte y convertida en dulcísimo sueño, lo juro en nombre de nuestro Salvador. Cuantos dormís en este profundo valle despertareis en el día del juicio universal. »

Desde su resurreccion, se acerca gradualmente el Mesías á su padre ; y mientras los resucitados y el divino Elohá mismo procuran en vano cantar la inmensidad de su gloria, porque son sus voces

harto débiles para celebrar aquella fiesta de la Divinidad.

Enséñales, ¡ó Musa de Sion! á mis trémulos labios á repetir los mas humildes de aquellos cantos que desde el fondo del polvo trataron de celebrar la elevacion del Redentor ; enséñales á mis ojos mortales á adivinar el inconmensurable camino que sigue el Señor por medio de los cielos.

En el momento en que Jesus salió de su tumba hirió el angel de la muerte á un pagano famoso por su probidad y alta virtud. Recibió un querubín al espíritu de aquel muerto, y condújole ante el Mesías. Al ver al Hijo del Eterno, dijo el alma del pagano á su conductor :

« Díme, ¡ó brillante desconocido! quien es aquel que camina por la senda mas resplandeciente del Empíreo. A mi pesar, se fijan en él los ojos y el pensamiento. Adórale conmigo, pues conozco que aquel es el mayor de los dioses.

« Es tu Juez, » responde el angel.

« ¿ Mi Juez?... Acaba de iluminarme, ¡ó tú que á seguirte me obligas sin mas fuerza que la de tus divinas miradas! ¿ Es Minos, ese á quien veo? ¿ Hemos pasado ya los sombríos pórticos de la tierra? ¿ corren á nuestros pies las negras olas de la estigia laguna? ¿ Vuelan sobre la corriente del rio infernal los terribles juramentos de Júpiter? ¿ Porqué tan obstinado silencio? ¡ó espíritu cruelísimo!

¿Has recibido orden de precipitarme en las inflamadas olas del rio Flegeton? »

En esto habian llegado el alma del pagano y su conductor cerca del Mesías, quien con voz mas amante que severa dijo al primero :

« Júpiter y Minos son mentidas ficciones : la tierra entera, engañada é infeliz por ellas, ha clamado dolorosamente al cielo, pidiéndole auxilio y misericordia ; yo la he oido.... Marcha, sigue á tu guia. »

Diciendo así, el Hijo del Eterno indicó con una seña al querubin el sitio que su clemencia señala al espíritu del pagano, y despues volviéndose hácia los resucitados testigos del juicio que acaba de pronunciar, dice :

« Antes de volver á sentarme á la diestra de mi Padre, descenderé con frecuencia sobre el Tabor ; allí me vereis. »

Desapareció Cristo, y los resucitados dirigieron su vuelo á la santa montaña que el Salvador acaba de indicarles. Satan, que en el momento en que Jesus rompió las cadenas de la muerte, habia caido anonadado entre las rocas de los sepulcros, acaba de recobrar el sentimiento de su existencia, y con él la vergüenza de su derrota.

Llegó á los oidos de Gabriel el crugido de los destrozados miembros del impío cuando procuraba

levantarse ; y conociéndole el arcangel, le dijo con iracundo acento :

« ¿ Aun estás sobre la tierra, miserable? ¿ No te han convencido, en fin, las maravillas que acaban de santificar á este planeta de que tu eterna lucha contra el Todopoderoso solo puede producirte incesantes tormentos? Vuelve á los infiernos, y medita, si á ello te atreves, una nueva rebelion contra el Eterno : pero sabe... no, no quiero pronunciar yo el anatema que sobre tí pronunció el Vencedor de la muerte; harto pronto te lo hará comprender el rayo... Huye, te digo... »

Huye Satan hasta la mas elevada cima del monte Sinaí, desde donde sus espantados ojos se tienden por la inmensidad del desierto ; mas impulsándole todos los horrores de la eterna condenacion que en sus alas lleva la tempestad en pos de él, cae desde lo alto de la roca á la cual se hallaba asido, rueda atravesando los mas negros abismos de la creacion, y llega al pórtico infernal. Allí el peso del anatema que le abrumba le tuvo inmovil durante prolongadas y tristísimas noches, al cabo de las cuales reunió fuerzas bastantes para levantarse y entrar en su tenebroso imperio.

Dos veces ya sonó en la tierra la hora solemne de media noche, dejando en pos de sí un nuevo dia, y aun reunido el Sanedrin, continua esperando el instante del desenlace del misterioso destino

del muerto, cuya tumba ha sido cerrada con una losa que custodian valerosos soldados romanos. Ya se acerca aquel instante, porque la aurora del tercero dia comienza á lucir.

Los soldados romanos que en el momento de la Resurreccion de Cristo cayeron en tierra, perdiendo el sentido, acaban de recobrarlo, y uno de ellos pregunta á otro su compañero :

« ¿ Qué es lo que me ha pasado? La tierra tembló á mis pies, y caí en el polvo. »

Responde el soldado :

« Eso mismo me ha pasado á mí. »

Otro soldado, diferente de los dos primeros, mira en torno de sí con asombro y dice :

« ¿ Ha sido un sueño, ó bien algun poder sobrenatural me ha arrojado como muerto al pie de esta roca? »

« Demasiado cierto es el fenómeno que te asombra, respondió el interrogado; y el huracan que nos arrojó en tierra destrozó sin duda la roca que cerraba el sepulcro; abierto está, míralo... »

En aquel momento alzó Eneo la voz, y dijo :

« Que todos aquellos á quienes la muerte haya perdonado, me respondan diciendo sus nombres. »

Y habiendo respondido toda la tropa, entró precedida por su caudillo en la bóveda del sepulcro. Al ver que estaba vacía miráronse unos á otros los soldados estupefactos, y santo terror erizó el cabe-

llo en sus cabezas. Recobró Eneo el uso de la palabra primero que los demas, y clamó :

« Nada tenemos ya que hacer aquí : marchad al palacio de Caifás. Si los sacerdotes estan aun reunidos en él, iré á darles cuenta de mi cometido. »

Obedeciendo apresurado las órdenes de su gefe, adelantóse á todos un soldado mas celoso que los otros, quien llegando casi sin aliento al lugar del concilio, dijo :

« En vano nos encargasteis que custodiáramos al que murió en el Gólgota. La tierra ha temblado, la roca que cerraba al sepulcro rodó lejos de él, y la tumba está ahora abierta y vacía. »

Dejó de hablar y retiróse precipitadamente : los sacerdotes, que por un movimiento general y espontáneo se habian levantado de sus asientos, permanecieron mudos é inmóviles como si fueran estatuas de marmol, por el cincel de un habil escultor dispuestas en representacion de las diferentes actitudes del terror.

Llegaron entonces tres soldados mas, y á una voz dijeron :

« Tomad las medidas que juzgueis oportunas : la tierra ha temblado, bramó la tempestad, la roca que cerraba el sepulcro se ha levantado por su propia fuerza, y un poder invisible dió con nosotros en tierra. Al recobrar el sentido, hemos visto el sepulcro abierto y vacío. »

Quedaron los sacerdotes y los ancianos con aquel nuevo testimonio, como si sobre ellos cayera el rayo vengador. Una estrepitosa carcajada interrumpe el silencio melancólico que reina en la asamblea : así pretende Filon, en un acceso de locura, contestar á la evidencia con el insulto ; mas su neicia alegría cede bien pronto, y domínale mudo estupor. Caifás solo tiene bastante presencia de espíritu para escuchar con aparente tranquilidad al resto de los soldados romanos, que sucesivamente se presentan á referir el milagro de que han sido testigos.

« Lo veo, dijo uno de ellos, observando la palidez de los sacerdotes ; sabéis ya todo cuanto ha sucedido, y solo os queda que dar gracias á los dioses que os dejan vivir, ¡ó sacrílegos sacerdotes que habeis intentado esterminar al Hijo de Júpiter Tonante ! »

Con mentida sonrisa, dice Caifás :

« Valerosos Romanos, preparado os tengo en el patio de este palacio un buen fuego ; la noche ha sido fria, id á calentaros. »

Y en seguida mandó á uno de sus esclavos que diese á los soldados abundantes viandas y generoso vino para que recobrasen sus fuerzas perdidas durante su prolongada guardia. Luego que se vió solo con los sacerdotes, renunciando á ocultar sus temores, les dijo :

« Preciso es comprar á cualquier precio el silencio de estos Romanos, sino hemos de morir á manos del pueblo. Obrad en consecuencia, si temeis la muerte ; en cuanto á mí, poco me importa la vida, pues que tengo que dudar de las doctrinas de Sadoc ¹. »

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se presentó Eneo, quien, saludando con fria dignidad á la asamblea que ante él se levantó, dijo :

« Sacerdotes y ancianos de Israel, conociéndome, sabéis que mi alma es inaccesible al miedo. Al ver á Jesus morir en la cruz, ya me decia cierto secreto pensamiento que inmolabais al Hijo de un Dios. Ahora que ya sabéis lo que ha pasado en su sepulcro, decidme, ¿ qué debo pensar ? »

Callaron todos.

Obaddon entrando, invisible para los ojos mortales, se acerca á Filon, y deja caer sobre él la mas terrible de sus miradas. Aun no es llegado el instante de hacerle oír la voz atronadora, mas el angel se dice á sí mismo :

« ¡ Salúdote, hora sangrienta de la muerte ! ¡ Hora triste y horrorosa, apresura tu lúgubre vuelo, haz el último de tus esfuerzos ! ¡ Y á tí, valle de Benhinon, tambien te saludo ! »

Mientras así pensaba Obaddon, apoderándose

¹ Véase la nota al canto cuarto, tomo I, pág. 126, donde se explica la doctrina de los Saduceos.

del réprobo los mas sombríos terrores del infierno, aproximóse al Romano, y mirándole con la espantosa sonrisa de la demencia, con ronca y lenta voz le pregunta :

« ¿Estaba abierta la tumba y no se hallaba en ella el cadaver? »

« Abierta estaba la tumba y el cadaver no se hallaba en ella, » respondió Eneo.

« Romano incorruptible, jura en nombre de Júpiter que dices verdad. »

« No juraré por Júpiter sino por Jehová á quien adoro. Mas para desesperarte no es menester apoyarse con juramento lo que digo. »

Todo el terror del infierno conmueve á Filon hasta la médula de sus huesos :

« ¡Ya lo ois, exclamó fuera de sí, abierta está la tumba y el cadaver no se halla en ella! Y ese incorruptible Romano apoya su testimonio en una palabra mas sagrada que todos los juramentos de la tierra! »

Diciendo así asíó rápidamente la espada del Romano, sacóla de la vaina, y despues de atravesar con ella su propio pecho la arrojó furioso lejos de sí cayendo bañado en sangre. Para acelerar el instante de su muerte, abrióse la herida con las manos ya contraídas por la agonía, y corrió la sangre con tanta abundancia que parecia bastante á manchar al cielo entero.

« ¡El Nazareno! »

Y esa palabra fué la última que pronunció sobre la tierra.

Recogió Eneo su ensangrentado acero y mirándolo con aire sombrío dijo :

« ¡Consagrote al terror, á la eterna noche, á la desesperacion! »

Y arrojando sobre el cadaver de Filon el arma para no volver jamás á recogerla salió lentamente del Sanedrín.

Siéntese arrastrada el alma del Fariseo por un conductor sombrío quien la guía por tenebrosas sendas hasta el valle de Benhinon, donde le espera el angel Obaddon. Apenas vió el angel al espíritu del malvado, llámole blandiendo su flamígera cuchilla; y no hay palabras que basten á pintar la petrificante mirada, la voz de trueno del exterminador cuando dijo :

« ¡Escúchame, réprobo : ya conoces á Ephod-Obaddon, que así se llama á los siete terribles ángeles de la muerte; pues yo soy el mas terrible de todos ellos! Yo soy el que en otro tiempo herí á todos los primogénitos en las orillas del Nilo... ¡Mira en torno de tí, y reconocerás la region de los tormentos y su horrible valle de Benhinon! ¡Sígueme, penetremos mas en los abismos!... »

Dijo y precipitóle en lo mas hondo de los infiernos.